

ARQUITECTURA INCASICA (1)

AL honor que para mí significa ocupar la tribuna de la unión de la juventud indoamericana con la que simpaticé desde que oí pronunciar su nombre, se suma el que su Directorio haya solicitado mi concurso para celebrar el aniversario de la República del Perú, país por el que siento las más vivas simpatías y la más profunda admiración y al aceptar este cometido solo lamento no sentirme capacitado para hacerlo de la manera que el tema lo requiere.

Permítame que desde luego felicite a los miembros de esta entidad que, por estar basada en una realidad étnica y cultural, creo está llamada a realizar una obra efectiva en el continente americano.

Ella cristaliza una necesidad que los que hemos viajado por los países de América hemos sentido imperiosa y cada vez más necesaria. Ante el antagonismo de los pueblos y los individuos, es preciso buscar lazos de unión. El latinismo, con ser efectivo, ya no era suficiente y a tiempo han señalado Uds. al mundo que había un lazo más fuerte que el que nos trajeron de allende los mares los conquistadores ibéricos y ese lazo es la sangre y la cultura aborígen.

Hemos vivido impresionados por las investigaciones etnográficas, antropológicas y arqueológicas, que desmenuzando nuestro pasado con la paciente prolijidad del investigador, nos han hecho perder de vista el concepto unitario de todas las culturas aborígenes de América.

No obstante, en mis estudios artísticos y especialmente arquitectónicos he podido constatar rasgos comunes en las diversas escuelas americanas, rasgos que al exponer mis personales puntos de vista respecto a las arquitecturas aborígenes sudamericanas trataré de hacer resaltar.

Voy a iniciar esta exposición considerando el problema de la población de América. Mucho se ha escrito, se escribe y me pa-

(i) Conferencia dictada por el Arquitecto Sr. Alfredo Benavides Rodríguez, profesor de Historia del Arte en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile, en la velada de homenaje al Perú, auspiciada por la Unión de la Juventud Indoamericana y que se llevó a efecto el 28 de Julio ppdo.

rece se escribirá antes de que los especialistas lleguen a un acuerdo sobre asunto tan fundamental. Aunque no es tal problema del resorte de mi especialidad, no ha podido dejar de interesarme, pues evidentemente es el punto de partida y la base del problema cultural americano.

Dejando a un lado la teoría que supone la aparición simultánea del hombre en distintos puntos del globo terrestre, por ser la menos probable, se presenta la solución de explicar por fenómenos migratorios la venida a América, sea de Europa, Asia, Africa u Oceanía de las familias que desarrollándose poblaron el nuevo mundo.

Entre las muchas teorías formuladas sólo voy a referirme a las siguientes: La migración escandinava pasando por Islandia, Groenlandia y Terranova, teoría que no es improbable para pequeños grupos, ya que debió verificarse por un mar inclemente. Los sostenedores de esta teoría explican las características mongólicas de las razas americanas por las relaciones que existieron y existen entre los países del centro del Asia y los del norte de Europa, relaciones posibles y fáciles, si se toman en cuenta las maravillosas vías fluviales que ponen en relación países tan apartados y al parecer sin vinculación alguna. Creyendo posible la migración de algunos individuos por esta vía esta solución no parece suficiente para explicar el hecho que investigamos.

Mucho más improbable y hasta un poco fantástica parece la teoría que supone la existencia en épocas remotas de la Atlántida como un continente situado al centro del Océano Atlántico y que habría servido de lazo de unión entre Europa, Africa y América. También resulta atrevida la que identifica la misma Atlántida con la América, suponiendo que los antiguos navegantes europeos fueron lo bastante afortunados para descubrirla y mantener relaciones marítimas con ella. En cambio la migración casual provocada por la llegada a América de algún barco arrasado por las tormentas resulta verosímil. Sin embargo, todas estas teorías atlánticas no explican suficientemente como habiendo llegado estos pobladores sea a la costas del Brasil, a las islas de Las Antillas o a la actual Florida, las civilizaciones aborígenes se encuentran situadas en las zonas opuestas de América.

Por el lado del Pacífico si que las probabilidades de migración resultan mucho más fáciles y explican al mismo tiempo que su ubicación geográfica, los parecidos y diferencias existentes entre los pueblos aborígenes. dándonos una filiación de las formas de sus manifestaciones culturales. La más verosímil de todas es la que supone migraciones sucesivas de pueblos y tribus por el Estrecho de Bhering, sea aprovechando la época del invierno

en que permanece helado, o sea porque en otra época no existió esa región como estrecho sino como istmo. También es posible la migración marítima, ya que está demostrado cuán hábiles navegantes han sido los polinesios y cómo mantuvieron constantes relaciones hasta con la más oriental de sus islas, o sea la de Pascua, cuya civilización es hasta hoy un interrogante para la ciencia.

También pudieron llegar casualmente a América arrastrados por corrientes y tempestades, tal como hasta el día de hoy vemos llegar a nuestras costas restos de cañas de la India. Los pueblos de América se quedaron en la costa occidental como mirando hacia su tierra de origen a la que se sentían ligados por lazos de toda especie. Su propagación se hizo por la costa y según todas las probabilidades, de norte a sur, ya que en todos ellos encontramos la tradición de que sus antepasados vinieron del norte.

Es también muy explicable que los llegados por el Estrecho de Beering, tanto por el deseo de buscar mejores climas como empujados por las nuevas oleadas migratorias se vieran impelidos a caminar hacia el sur. Así esos pueblos constructores de pirámides cuyas formas recuerdan las civilizaciones egipcia y caldea, fueron dejando huellas de su paso en Centro América para venir a radicarse en la zona de la costa del actual Perú donde los españoles habían de encontrarlos construyendo tumbas y templos apiramidados que ellos llamaban «huacas».

¿Cómo no vincular la pirámide Sakará, los zigurats caldeos, los templos escalonados indios y chinos con las pirámides de Teotihuacán y Pachacamac? Muy conocidas son las pirámides de Egipto, algo menos las caldeas y pocos se han ocupado de las formas apiramidadas de las arquitecturas india y china, sin embargo descubrimos parecidos sorprendentes entre las formas de todos estos monumentos y los americanos. La pirámide egipcia de Sakará, tiene una hermana en México, en Teotihuacán. Los edificios indios y chinos encuentran sus gemelos en los monumentos mayas del Yucatán, ante la vista de los cuales no se puede dejar de pensar en Ankor. Si analizamos estos monumentos quedamos sorprendidos por la similitud de formas, proporciones y sentido de la decoración.

Mas al sur, en la costa del Perú volvemos a encontrar las formas simples de la arquitectura tolteca de Teotihuacán en las huacas y pirámides a que ya hicimos referencia y cuyo ejemplo más notable se encuentra en Pachacamac. No parece sino que un pueblo emparentado con los caldeos haya emigrado en época remota por el Estrecho de Beering y sentado sus reales en al meseta del Anahuac, de donde hubo de partir empujado por

nuevas oleadas migratorias descendiendo a lo largo de la costa hasta venir a establecerse en lo que es hoy el Perú, donde sigue construyendo según sus normas tradicionales.

El pueblo que desalojara a éste de la meseta del Anahuac, también de origen asiático, traía otras influencias u otras vinculaciones raciales posiblemente hindúes y de allí el arte y la arquitectura ricamente decorada que sucede a la anterior, arquitectura que recuerda a la India y que será la que ya decadente encontraron en esas regiones los españoles. Influenciados por el clima y las condiciones del terreno las tribus que quedaron en la zona del Istmo de Panamá, tornáronse feroces y caníbales y cortaron por completo las relaciones entre la América del Norte y la del Sur. De este modo se explica que cuando llegaron los españoles, en el imperio incásico ya nadie recordaba la ascendencia incásica nórdica de la raza y sólo quedasen para dar testimonio irrefutable de ello la forma de sus edificios, sus costumbres y la cultura en general.

Un rama del pueblo que se estableció en la costa del Perú pobló al altiplano y allí transcurridos los años fundó primero el imperio del Tiahuanaco y más tarde el imperio incásico.

He aquí enunciado sucintamente en líneas, muy generales, el problema de la población de América, tal como nos lo sugiere el estudio comparativo de las formas arquitectónicas.

Enunciada esta teoría pasemos a ocuparnos del arte y más especialmente de la arquitectura aborígen en el Perú.

Es conocida la división generalmente aceptada de tres centros artísticos correspondientes a zonas geográficas diferentes que son: la costa, el altiplano y la zona intermedia. Un estudio detallado permite aún reconocer en estas tres zonas múltiples subdivisiones en las que no me detendré por el momento. Aun más, por considerarla poco caracterizada voy a hacer abstracción de la zona intermedia para ocuparme solamente de la arquitectura de la costa y de la del altiplano.

En estas arquitecturas han influido más que la calidad de los materiales de que se disponía en cada región, las condiciones climatéricas, que influyendo en el carácter de los individuos los han hecho preferir y adoptar aquel que estaba más de acuerdo con su temperamento. El clima húmedo, caluroso, enervante de la costa del Perú donde casi nunca llueve, hizo que sus habitantes prefiriesen la construcción del adobe y el techo de terrazas, construyendo con estos materiales de fácil labor sus casas, sus

tumbas y sus templos, y allí como en el Egipto, de no haberlos destruído la barbarie y codicia de los hombres, aun subsistirían intactos para dar testimonio del grado de cultura alcanzado por dicho pueblo.

La arquitectura de adobe de los pueblos que habitaron la costa del Perú con ser muy perfecta e interesante de estudiar por sus procedimientos constructivos, formas y proporciones, resulta empequeñecida por aquella otra que practicaron sus esforzados hermanos del altiplano. pueblo de rudos montañeses, acostumbrados a luchar con las inclemencias del tiempo y a domeñar la naturaleza, aplicaron estas cualidades raciales a sus realizaciones arquitectónicas. Quizás influyó también la tradición ancestral de sus remotos antepasados egipcios acostumbrados a domeñar la piedras en sus más duras variedades y a transportarla como si fuese el más liviano de los materiales.

Mucho se ha escrito sobre los monumentos incásicos y pre-incásicos, sin que en estos escritos se haya destacado el verdadero valor arquitectónico de ellos. Personalmente fuí al Cuzco atraído por la fama de sus edificios coloniales, pensando que las ruinas incásicas o pre-incásicas, sólo tenían un interés arqueológico y grande fué mi sorpresa cuando esas ruinas me dieron una lección de arquitectura. Porque es preciso decirlo: la arquitectura aborígen de los pueblos que habitaron el altiplano sudamericano es una escuela perfecta en su género, que sabe de la ciencia y del arte de construir y lo hace con tal perfección que sus monumentos pueden compararse a los mejores que ha producido la humanidad.

Lamento que la premura con que se ha preparado esta reunión no me haya permitido hacer confeccionar algunos otros dispositivos que hubiesen demostrado mejor estos asertos. Sin embargo, a base de lo poco de que disponemos vamos a tratar de hacerlo.

La arquitectura del altiplano emplea de preferencia para sus obras importantes la piedra en forma de sillar. Conviene quizás aclarar el concepto de lo que es un sillar. Entendemos por sillar toda piedra labrada por la mano del hombre que sirve para confeccionar muros, bóvedas o cualquier obra de construcción. El tipo más corriente de sillar es el que presenta la forma geométrica del paralelepípedo o sea la piedra labrada por sus seis caras de las cuales cuatro son rectángulos y dos son cuadrados. La experiencia y el raciocinio demuestran que la piedra labrada en esta forma da muy buen resultado al emplearla en la fabricación de muros, pues además de su buen

asiento presenta las ventajas de una buena trabazón con las piedras o sillares vecinos.

Este procedimiento de construcción por medio de sillares fué empleado por los egipcios, los asirios, los griegos, los romanos y por todas las arquitecturas románico-góticas y renacentistas y sigue aún empleándose en todos los países en que aun se ocupa la piedra como material de construcción. Los muros así construídos resultan hermosos porque expresan de una manera clara y evidente la intervención de la mano y de la inteligencia humana, para hacer de ellos una cosa sólida capaz de resistir al tiempo y a los agentes destructores, tanto naturales como accidentales.

En otra ocasión decía que la cualidad fundamental de una obra arquitectónica era el concepto de estabilidad expresado por todos sus elementos. Los muros de sillares y de la forma descrita satisfacen esa cualidad y por eso han sido y serán siempre considerados como obras de pura arquitectura. No hace mucho tuve ocasión de contemplar el famoso muro que cierra la escena del Teatro Romano de Orange de más de cien metros de largo por veinte de alto; el puente o acueducto también romano sobre el río Gard y el no menos célebre Palacio del Escorial y en todos ellos constaté que es el sillar desnudo de toda ornamentación lo que el mundo ha admirado como la más pura expresión de la belleza arquitectónica.

Ahora bien, el sillar que empleó el arte aborígen en el altiplano presenta una forma más rebuscada, que la regular que dejé descrita y que ellos también emplean ocasionalmente. Este sillar del altiplano, es por lo general, de forma poligonal muy irregular en tal modo que se endienta con sus vecinos dando así una sensación de solidez que no posee ninguna otra forma de construcción en piedra. Es posible que los constructores aborígenes llegasen a esta solución que es de una muy difícil realización buscando manera de hacer sus edificios lo suficientemente sólidos. para resistir a los terremotos tan frecuentes en estas regiones. Es preciso considerar que esta necesidad debió ser muy imperiosa, ya que ellos hubieron de realizar formas que hoy día con todo el perfeccionamiento de las herramientas y de la maquinaria moderna nos serían difíciles de ejecutar y que ellos ejecutaron con herramientas de piedra o cobre, pues el hierro no era conocido en América en aquella época.

Posiblemente buscando la manera de aumentar más aun la solidez de sus edificios se llegó a producir el muro de forma trapezoidal, o sea el muro con sus paramentos inclinados.

Sin embargo puedo declarar que la mayor sorpresa experimentada por mí al estudiar el arte aborigen sudamericano ha sido la belleza difícil de describir de estas construcciones.

Quisiera transmitir a Uds. mi admiración por ellas y encontrar las palabras necesarias para expresar su belleza, belleza que a mí modo de ver reside en que ellos realizan, como ya lo dije en forma muy precisa la expresión del concepto de solidez, básico de toda verdadera arquitectura, pero con medios muy diversos de aquellos empleados por los constructores asiáticos o europeos, pues estos sillares no son iguales entre sí, tienen cada uno de ellos una personalidad propia, un carácter que se me presenta como un valor escultórico. Al considerarlo me place imaginar al obrero indígena como un artista que labra amorosamente su sillar para que realice de una manera perfecta su función dentro del muro. Una de las más fuertes impresiones artísticas que haya experimentado en mi vida fué la que me produjeron estos muros al contemplarlos un atardecer en las calles que aun conservan su sabor incásico en el Cuzco.

Otro elemento fundamental de la arquitectura es la techumbre. Comúnmente se dice que los edificios incásicos y en general todos los de las ciudades que los españoles encontraron en el Perú, tales como Cajamarca y el Cuzco, estaban techados con paja, y para nosotros, acostumbrados a nuestros ordinarios y vulgares techos de paja, esta expresión nos los representa como cosa vil, indigna de ser tomada en consideración en un estudio serio de arte o de arquitectura.

Pero al leer atentamente las crónicas de los conquistadores y especialmente el relato del viaje que en el siglo pasado realizara el sabio norteamericano Jorge Squier al interior del Perú, empieza a vislumbrarse un concepto distinto respecto del valor arquitectónico y artístico de estas techumbres. Y en realidad no podría ser de otra manera, pues basta reflexionar un poco para comprender que quienes realizaron muros de piedra tan admirablemente ejecutados no habían de terminarlos y cubrirlos con un techo vil y antiestético.

Las investigaciones realizadas al respecto me permiten hoy afirmar que esas techumbres eran obras admirables de ciencia constructiva y de no menos valor artístico. Squier describe en su obra el techo de un edificio circular que él llama el Sondorhuasi, techumbre formada por serchas o vigas curvas ligadas tan admirablemente entre sí que al decir del autor daban al interior

de este edificio el aspecto de estar cubierto por una bóveda de casetones. En él se habían aprovechado como elemento decorativo los recuadros formados por el entrecruzamiento de las vigas radiales con otras circulares, pintándolos de diversos colores y sacando partido hasta de las ligaduras de cuerdas que reunían unas vigas con otras.

Exteriormente esta techumbre presentaba el aspecto de un cono de desmesurada altura y terminaba en su parte inferior en un alero en el que se acusaban las cabezas de vigas tal como se acusan hoy día a los canes en la arquitectura que emplea este elemento. También este alero se decoraba pintando de diversos colores las vigas y los espacios intermedios.

Esta descripción coincide exactamente con la que nos han dejado algunos cronistas de la época de la conquista, de los edificios que existían en la ciudad del Cuzco antes del incendio de dicha población, que los cronistas, con mucha indignación, atribuyen a los aborígenes.

Sin tiempo para ocuparme de otros muchos detalles arquitectónicos interesantísimos, tales como los dispositivos de puertas y ventanas, los arcos que aunque rudimentarios son una prueba del progreso alcanzado por esta arquitectura, las disposiciones para la evacuación de las aguas lluvias y servidas, voy a pasar a ocuparme de algunos tipos de edificios en que tuvieron aplicación los principios generales que ya describí.

Se destacan entre todos los edificios cuyos restos causan la admiración del viajero las obras de fortificación y defensa, siendo seguramente la más notable de todas ellas la fortaleza de Sacsahuaman que domina y protege la ciudad del Cuzco. Consta esta fortaleza de tres muros concéntricos dispuestos en forma de dientes de sierra, construídos por el procedimiento de sillares endentados, que dejé descrito.

Estos muros rodean la cumbre de una colina, espolón de las cordilleras vecinas, que dominan el Cuzco y tenían en su interior numerosas construcciones entre las que se destacaban tres torres que constituían el último reducto de la fortaleza. Caracterízanse estos muros porque en el exterior que es el más alto, se han empleado los sillares más grandes, algunos de los cuales llegan a tener cinco metros de alto y sirven como de piedras angulares en el vértice de los salientes. La dimensión de los sillares es mediana en el segundo muro y menor en el tercero. La eficiencia de estos dispositivos la experimentaron mejor que nadie los españoles, que sólo pudieron conquistarla después de un famoso y rudo asedio en el que dejó la vida el más valiente de los hermanos Pizarro.

Como dato curioso y que demuestra el mérito de esta fortaleza puedo referir a Uds. que en estos momentos se desarrolla en la Sociedad de Americanistas de Francia una polémica en la que intervienen varios técnicos y en la que se discute la influencia de estos dispositivos de defensa en la arquitectura militar europea de los siglos siguientes.

Con respecto a los edificios civiles, me bastará decir para demostrar su calidad, que los españoles pudieron aprovechar como habitación casi sin modificaciones los palacios incásicos.

Sin tiempo para analizarlos con mayor detalle puedo declarar que he llegado al convencimiento de que estos edificios ofrecían para la habitación mayores comodidades que el promedio de los edificios españoles de la época.

Los edificios religiosos ocupan también un lugar importantísimo en el estudio de la arquitectura aborigen del altiplano y entre todos ellos destácase, naturalmente, el famoso Templo del Sol en el Cuzco.

En este edificio los constructores pusieron toda su ciencia y todo su arte y los obreros toda su habilidad manual. Desgraciadamente, se reunían también en él riquezas fabulosas, ya que su ornamentación estaba hecha a base de revestimientos de oro y plata, y esta circunstancia fué la causa de su mayor destrucción, pues la codicia de los conquistadores se ensañó en ese templo, y ella también hizo que los cronistas, más que describirnos su mérito artístico y arquitectónico, se preocupasen de describirnos el valor comercial de su ornamentación metálica. A pesar de que nada queda de su decoración y de que son escasos los restos de sus salas y muros, ellos bastan para darnos una idea de la grandiosidad de su plano y de la perfección de su ejecución.

En cuanto a la representación de lo que pudo ser este edificio revestido de su decoración original de oro y plata, sólo algunas realizaciones de la arquitectura moderna en que intervienen el bronce y los aceros cromados o niquelados pueden darnos una idea.

Resumiendo mi opinión personal de la arquitectura incásica, creo poder afirmar que ella llega a expresar las cualidades más características de la raza como son la sobriedad y la tenacidad no desprovista de sentimiento y emotividad artística, con procedimientos simples que la permiten expresar estas características con gran vigor.

No sería posible formarse un concepto cabal de la arquitectura aborigen sudamericana y de la importancia de su función

social sin hacer referencia a las agrupaciones urbanísticas, tales como la ciudad del Cuzco.

Los estudios que he hecho me permiten asegurar que la conquista no la embelleció: por el contrario, perdió junto con una gran parte de su población algunos de sus elementos más característicos, como ser la gran plaza alrededor de la cual se agrupaban los principales palacios incásicos, plaza que los españoles dividieron en tres pequeñas, restándole carácter y amplitud. Bajo esta plaza corre hasta hoy cubierto por la bóveda que construyeron los arquitectos incas, uno de los riachuelos que atraviesan la ciudad.

Sin embargo, la característica dominante del Cuzco de hoy es el haber conservado su primitivo trazado, en el que se acusan en los ángulos del cruce de dos calles estos mismos sillares, demostrándonos que ambas vías existían ya en tiempo de los incas con su misma dimensión y forma actuales.

Hay una observación que poco se ha hecho y que demuestra el mérito de esta ciudad. Refiriéndose al incendio de ella durante el asedio de que la hicieron objeto los aborígenes al tratar de recuperarla de manos de los conquistadores españoles que se la habían arrebatado por sorpresa, los cronistas se lamentan de este incendio como de una gran calamidad, achacándolo a los aborígenes que prefirieron ver destruidas sus casas, palacios y templos antes que ocupados por los invasores. Se deduce de estos relatos que la ciudad y sus edificios habían sido aprovechados por los españoles y que al contrario de lo sucedido en otras regiones del continente los conquistadores tenían vivo interés de conservar estos edificios. Encuentro en estas crónicas la prueba más convincente del mérito y calidad de los edificios y de la ciudad del Cuzco en general.

No es ésta la única prueba de admiración, respeto y consideración que encontramos en la historia de la conquista, de los españoles por el pueblo y la civilización aborígen, consideraciones de orden muy diverso me llevan a pensar que los españoles no hallaban tan inferiores a los aborígenes como vulgarmente se cree.

Las crónicas de la época nos cuentan que los conquistadores se amancebaban con las indias a falta de mujeres españolas. Presentado en esta forma tal hecho no puede sino contribuir a hacernos aparecer como vil y despreciable la raza aborígen. pero existe en el Cuzco un documento probatorio de primer orden que demuestra hasta qué grado es falso este concepto. Ejemplo: el matrimonio de don Martín de Loyola, emparentado con la noble casa de San Ignacio de Loyola, con doña Beatriz Ñusta, prin-

cesa de raza inca. En el cuadro no sólo aparecen representados los contrayentes sino los padres de ellos en una decoración que recuerda y pone en parangón la cultura europea y la cultura aborigen, sin que esta última aparezca empequeñecida ante la primera.

No es este el único ejemplo de matrimonio de nobles españoles con nobles aborígenes y si así procedían los nobles y dirigentes de la época no hay razón para creer que los simples soldados mirasen con menos consideración a las indias que tomaban por esposas. Sabemos también que algunas de estas princesas indias fueron a España siendo recibidas en la Corte, y su descendencia figura entre la nobleza de la Península. Los hijos de soldados y de indias formaron la raza de los mestizos que se educó en los conventos y que produjo hombres notables en las ciencias y en las artes.

Este mestizaje encontró su expresión artística en la arquitectura colonial de los siglos XVII y XVIII y los grabados adjuntos que reproducen edificios de la ciudad de Arequipa, reconstruída a principios del siglo XVIII, son una prueba evidente de que este mestizaje no empequeñeció las artes y especialmente la arquitectura, sino que por el contrario, infiltrándole un sabor local llegó a producir la escuela artística del período colonial que en Sud-América posee mayores características de originalidad.

Para hacer más comprensivo el concepto de fusión vamos a proyectar una vista del friso esculpido en la llamada Puerta del Sol en Tiahuanacu.

Para comprobar la existencia de esta fusión me bastará hacer notar la calidad de la factura o ejecución de estos relieves, planos encuadrados siempre dentro de una forma geométrica, sea cuadrada o rectangular y agrupados conforme a las reglas de simetría, de alternancia o de repetición. Las similitudes de las esculturas de Tiahuanacu con las de la arquitectura arequipeña han sido puestas de relieve en la obra del distinguido arquitecto argentino señor Angel Guido titulada «Fusión hispano indígena en la arquitectura colonial».

Terminada la exposición o reseña histórica del arte que se desarrolló en las regiones que constituían el imperio incásico, regiones que fueron las mismas que más tarde quedaron sometidas al virrey del Perú, me corresponde contestar la pregunta que alguien hiciera relativa a la influencia que podría tener el

arte aborígen en el arte y la arquitectura moderna americana.

Para contestar esta pregunta se hace necesario resolver previamente un problema general que se viene planteando desde hace algún tiempo y este problema es saber si es posible que, dado el internacionalismo de la vida y de la cultura contemporáneas, exista siempre un cierto regionalismo en materias artísticas.

Trataré de aclarar estos conceptos. Hay un evidente internacionalismo que tiende a borrar la frontera de los usos y costumbres. Así por ejemplo, nos vestimos más o menos del mismo modo en todo el mundo, usamos de los mismos útiles de escritura, de los mismos tranvías, de los mismos automóviles, de las mismas ampollas eléctricas y practicamos los mismos deportes, para no nombrar sino algunas de las mil formas que adopta el internacionalismo contemporáneo. Este internacionalismo va en aumento y no se ve causa alguna capaz de detenerlo en su marcha fatal, a no ser un trastorno mundial de tal carácter que nos hiciera olvidar todas las conquistas de la ciencia y de la industria modernas.

En materia de arquitectura sucede otro tanto. Casas, hoteles, edificios, sean comerciales, hospitalarios o carcelarios son más o menos similares en las cinco partes del mundo y es natural que así sea. Pero este internacionalismo tiene un límite.

Hay condiciones de orden material como ser todas las derivadas del clima y de las características geográficas y geológicas de una región que si está demostrando que influyen en el carácter, temperamento y modo de ser, de los individuos, con cuanta mayor razón no influirán en el modo de vivir y en las aficiones artísticas de estos mismos individuos, pesando por este camino de una manera fatal en la construcción, planificación y decorado de los edificios. No podrán ser idénticos, aunque se parezcan mucho, los edificios de los países fríos a los de los países templados y los de éstos países a los de los países cálidos. Tampoco el montañés sobrio concebirá la decoración del mismo modo que el habitante de una planicie tropical y todo esto concurrirá a dar a la arquitectura un cierto carácter regional.

Yo me imagino la arquitectura del futuro como idéntica o por lo menos muy parecida sólo en los países que tenga condiciones climatéricas también parecidas, y distintas en los de condiciones de clima diferentes.

Ahora bien, refiriéndome a la posible influencia del arte aborígen americano en el arte moderno, creo sin temor de equivocarme que puede afirmarse que es un error pensar en renovar el arte moderno, copiando modelos y formas caducas. Imaginémosnos por un momento ¿qué haría uno de esos artsitas, fuese

arquitecto o escultor, que trabajaron los monumentos aborígenes antes de la llegada de los españoles si resucitase hoy? ¿Intentaría trabajar en la misma forma en que lo hacía diez siglos antes? Estoy seguro de que no. Las obras que nos han dejado estos artistas nos los demuestran suficientemente inteligentes para comprender y apreciar el valor del progreso, de las ciencias, las industrias y las artes modernas, para adaptarse a ellas y aun quizás para hacerlas progresar. Pero como ellos fueron eminentemente sinceros y espontáneos, lo haría con su personal sentir, o sea con un sentir de aborígen.

He aquí expresado el único modo cómo puede el arte aborígen influir en el arte contemporáneo. No por la copia del detalle, sea constructivo u ornamental sino por la sensibilidad y espíritu especialísimo del pueblo aborígen. Esto no es un imposible: he visto en México las pinturas de Diego de Rivera que el mundo entero ha contemplado con sorpresa y admiración, sorpresa y admiración que se explican, porque este artista ha sabido expresar por medio de la pintura la especial sensibilidad de su espíritu aborígen.

Hay que tratar de captar esa sensibilidad aborígen informadora del espíritu americano, sensibilidad que desgraciadamente poco conocemos, pero que existe y empapados en ese americanismo trascendente, procuremos abordar y resolver sinceramente los problemas internacionales del momento. Por este camino, estoy seguro de que la América llegará a singularizarse dentro del internacionalismo contemporáneo.—ALFREDO BENAVIDES RODRÍGUEZ.

APRECIACIONES LITERARIAS DEL POETA SOUVIRON

I

LA NUEVA POESIA ESPAÑOLA. Cuando el joven literato don José María Souviron leyó hace algunas semanas en una de las aulas de la Universidad Católica su conferencia sobre la Nueva Poesía Española, la mayoría del público concurrente experimentó, a no dudarlo, muchas agradables sensaciones.

El conferencista, con su presencia simpática y su dicción clara y armoniosa, del más puro acento castellano, predispuso desde el primer momento en su favor.